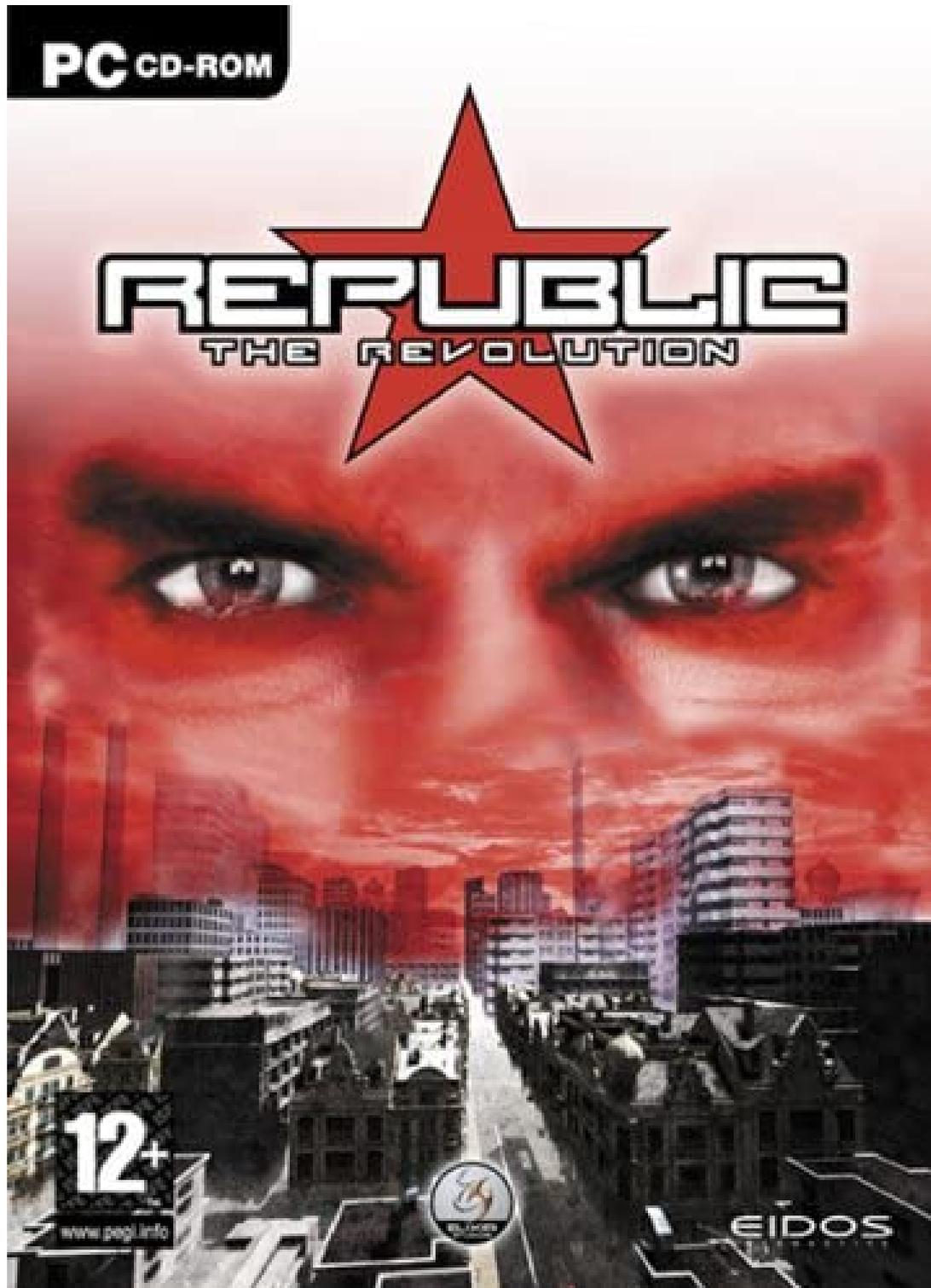


# REPUBLIC THE REVOLUTION. CAPÍTULO I

Juan Francisco González Cebada



# Capítulo 1

## I. NOVISTRANA LIBRE

Dieciséis de junio de 1991. Siempre recordaré esa fecha con gran alegría en el corazón. Fue la fecha en que Novistrana, nuestra amada tierra, volvió a convertirse en un Estado soberano y libre. Libre de la tiranía comunista, libre de la autocracia soviética. O, al menos aquel día, así lo creímos.

Aquel día se declaró fiesta nacional. Hubo celebraciones y festejos por todo lo alto. Se produjo un parón nacional. Las noticias estaban copadas con la reunión que el Presidente del Soviet Supremo de Novistrana mantuvo con Stanislav Shushkévich, Presidente del Soviet Supremo de Bielorrusia, Leonid Kravchuck, de la República Socialista Soviética de Ucrania y Boris Yeltsin, de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. El objeto de esta reunión era acordar la nueva configuración de la frontera de Novistrana, con respecto a Bielorrusia, Ucrania y Rusia, una vez colapsara la Unión Soviética. Hecho que se produciría en breve. Estos hombres, volverían a reunirse el ocho de diciembre de aquel mismo año para firmar el Tratado de Belavezha, que declaraba disuelta la Unión Soviética y la formación de la Comunidad de Estados Independientes. Novistrana era uno de ellos y había renacido.

En los tiempos en que se produjo la independencia de mi país y la caída de la Unión Soviética, yo era un estudiante de educación secundaria de catorce años, cumplidos hacía sólo un mes. El día de la fiesta nacional, no asistí a clase. Pero recuerdo que me reuní en la biblioteca del Instituto de Ekaterine con mis amigos Semyon, Josef y Boris. De hecho, casi todos los jóvenes de Ekaterine estábamos aquel día en la biblioteca, pues en aquellos tiempos, no disponíamos de otros lugares en los que pudiéramos disfrutar del ocio, a no ser que pudiésemos ir a un bar o un café, o incluso al viejo casino; algo impensable sin la compañía y supervisión de nuestros padres.

Mientras mis tres grandes amigos departían y discutían acerca del futuro que se iba a presentar a partir de ahora, recuerdo que, a pesar de que yo intervenía en la conversación de vez en cuando, no podía quitar los ojos del gran amor de mi adolescencia y quizá de mi vida (eso si exceptuamos a mi amada Novistrana): Katia Golovchenko.

—¡Es una catástrofe! ¡Es el fin! —exclamaba Josef, de orígenes humildes y cuyos padres eran unos comunistas convencidos.

—Sí. Es el fin de la dictadura. A partir de ahora, seremos libres para decidir nuestro futuro. El año que viene habrá elecciones libres, con montones de partidos —porfiaba Semyon, quien aspiraba a convertirse en un político famoso cuando fuese adulto. —¿No te das cuenta, Josef? Al fin podremos elegir.

—Elegir... Elegir quién nos llevará a la ruina —replicó Josef indignado.

—¿Ruina? —intervino Boris. —La ruina es el comunismo, querido Josef. Por mí puedes quedártelo. Pero, a partir de ahora, entraremos en el capitalismo, amigo mío. Volverá a existir la propiedad privada. Podremos emprender buenos negocios. Incluso es posible que mi familia recupere sus antiguas propiedades. ¿No es magnífico?

—Lo será para ti, estúpido —le espetó Josef de forma airada. —Oye, Iván, despierta y diles a estos dos que esto es el fin.

No contesté. Apenas sí había prestado atención a lo que mis amigos decían. No cesaba de mirar en dirección a Katia y el grupo de chicas con las que estaba. La hermosa Katia, con su largo cabello castaño ondulado y sus ojos de un azul profundo. En ese momento, ella me miró sonriendo, mientras sus amigas hablaban quién sabe de qué y reían sin cesar. Yo estaba absorto en aquella mirada azul, cuando sentí que me golpeaban en el hombro.

—¡Iván! ¡Despierta, hombre! —me reclamó Josef.

—Olvídalo —dijo Boris. —Ese sólo tiene ojos para Katia Golovchenko; la política no le preocupa.

—Burlaos si queréis —dije, al tiempo que volvía de mi ensoñación.  
—Burlaos, sí. Pero, algún día, me pienso casar con Katia Golovchenko. Y tendremos una casita en el campo, con gallinas y conejos. Ella me preparará huevos y conejo al horno, mientras yo me dedico a la escritura.

Mis amigos prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—¿Lo ves, Josef? Un hombre que ya ha hecho planes para el futuro —se burló Boris.

—¿Y de qué vais a vivir, gran hombre? —se burló ahora Josef. —¿Es que vais a vivir con gallinas, conejos y tus poemas?

—Al menos tiene ambición —replicó Semyon, en mi defensa. —Y, una vez seamos libres, podremos hacer cualquier cosa.

Esta última observación por parte de Semyon, trajo de vuelta la discusión acerca de la política al punto de partida. Y yo volví a mirar hacia

Katia.

Ante Novistrana se iba a presentar, a partir de ahora, un futuro lleno de oportunidades. Grandes oportunidades, si es que sabíamos cómo aprovecharlas. Pero también un futuro incierto: qué sería del poderoso sistema social soviético, quebrado por las arriesgadas, pero aperturistas e innovadoras políticas de Gorbachov; qué sería de problemas tales como la delincuencia, a la que el férreo aparato comunista había sabido mantener más o menos a raya. Al menos en lo que a mi país se refería.... Se presentaba un futuro de dudas. Pero era un futuro lleno de esperanza y de expectación. Y nosotros no sólo lo veríamos, sino que seríamos sus constructores, artífices y élites que lo llevarían a término, bien fuese bueno o malo. Aquel día de fiesta, en que yo soñaba con mi casa en el campo y una familia con la Golovchenko, no podía ni imaginar hasta qué punto me implicaría en la construcción de ese futuro. De eso y mucho más trata mi historia.

Mis amigos seguían hablando de política, cuando me despedí de ellos. Ya me estaba abrumando y aburriendo hasta el grado de exasperarme. Necesitaba distenderme un poco y tomar algo de aire fresco. De tal forma que, sin titubear, me separé de mis amigos y avancé con firmes pasos hacia el grupo de las chicas, donde estaba Katia.

Cuando me iba acercando al grupo, la propia Katia me miró con sus profundísimos y límpidos ojos azules. Una de las otras chicas que estaban con ella le susurró algo al oído y, después, lo compartió en voz alta con el resto del grupo. No pude oírlo de forma clara. Pero todo el grupo, excepto Katia, prorrumpió en sonoras carcajadas. Yo estaba absorto en la mirada y en las suaves facciones de mi adorada, la cual continuaba mirando en mi dirección.

Al fin, me hallé justo donde el grupo de chicas se encontraba y casi todas parecieron enmudecer. Se hizo un silencio que duraría unos segundos. Y no era debido sólo a mi mera presencia, sino al hecho de que un muchacho hubiese sido lo suficientemente atrevido de acercarse a las chicas. El silencio antes mencionado se rompió cuando la risueña Irina, que era la chica que le había susurrado al oído a Katia, habló:

—Iván, ¡qué sorpresa! Precisamente le estaba hablando de ti a Katia y a las chicas.

—¿Hablándoles de mí, Irina? Espero que bien —dije yo, con una media sonrisa.

—¡Oh, sí! ¿Claro que sí! Eres un chico atractivo y buen estudiante. ¿Qué chica no hablaría bien de ti?

—Gracias, supongo. Gracias por los cumplidos, Irina... —contesté yo, carraspeando. Y luego añadí: —Veréis, chicas. No quisiera interrumpir vuestra diversión. Pero me gustaría ir a dar un paseo con Katia, si no os importa.

—¡Oh! Claro que no nos importa —volvió a hablar Irina, risueña del todo y burlona —Creo que Katia estaba esperando a que se lo pidieses, Iván. ¿Verdad, Katia?

Katia se ruborizó y el color de sus elevadas mejillas acentuó su hermosura aún más si cabe. Luego, con un hilillo de voz, producto de su timidez, se dispuso a hablar:

—Sí, me gustaría... Me gustaría pasear contigo, Iván.

Le ofrecí mi brazo a Katia y ella se aferró a él como si con ese gesto me dijera que la sacase cuanto antes de allí. Yo la miré a los ojos y vi un bellissimo destello de que ese era, en efecto, su deseo. Y echamos a andar, alejándonos de las miradas y las risitas de todos los que estaban pendientes de la situación.

Caminamos un buen trecho, atravesando Torres Lissitzki cuan largo era el distrito. Ninguno de los dos nos atrevimos a hablar hasta llegar a la Iglesia de la Epifanía, un monumento bizantino que databa del S.XVI. La iglesia había estado clausurada, desde el advenimiento de la revolución. Durante la invasión de los alemanes, había servido como cuartel y polvorín para los partisanos de Novistrana. Katia y yo nos detuvimos un momento a admirar sus torres imponentes y sus cúpulas doradas, que se recortaban en las alturas, bajo el límpido y azul cielo, como los ojos de Katia.

La iglesia de la Epifanía, tenía adosado un cementerio muy amplio y, junto a éste, había zonas verdes y unos bancos en los que la gente solía sentarse, en ocasiones. Nunca faltaba la presencia de una anciana, medio ciega, que se sentaba allí casi todo el día y se dedicaba a cantar viejas canciones, mientras les echaba de comer trozos de pan a las palomas. Ese día estaba allí y no pareció importarle lo más mínimo que Katia y yo nos sentáramos en el banco de al lado.

La anciana canturreaba una canción que nos dio la impresión de que estaba prohibida, aunque a esas alturas qué podían importar ya o no las prohibiciones. El comunismo había caído. Ese era el hecho.

Ni Katia ni yo sabíamos qué decirnos en ese momento, así que nos dedicamos a observar y escuchar a la anciana. Ésta era de complexión delgada y estaba algo encorvada; oculta bajo su abrigo viejo y harapiento, a pesar de estar a inicios del verano. Su rostro era seco y arrugado y tenía los ojos medio cerrados. Sin embargo, en sus ajadas mejillas, había

un color que denotaba una gran vitalidad. Sonreía, además, acentuando ese gesto sus profundas arrugas. Y, en sus sarmentosas manos, la anciana sostenía una hogaza de pan de la cual arrancaba finos pedazos que les daba a las aves de comer.

Nosotros no decíamos palabra. Sólo se oía el aleteo y el gorjear de las palomas y la voz de la anciana cantando. Era una voz bien modulada y dulce, de potentes y graves tonos, a pesar de los años. Era una voz de contralto. Katia y yo estábamos extasiados escuchándola.